IDENTIDAD ECLESIAL DEL SACRAMENTO DEL ORDEN SEGÚN S. JUAN DE ÁVILA

Antero Pascual Rodríguez

Centro de Estudios Teológicos – Sevilla

RESUMEN / ABSTRACT

Para San Juan de Ávila la salvación de las almas es el principal negocio de Dios que estará unido, dada su situación histórica, a la reforma de la Iglesia y de los pastores. La Iglesia y el sacramento del orden, tienen un origen y una realización concomitante, obran simultáneamente la salvación, ninguno de ellos es consecuencia del otro sino que ambos son en Cristo. El objetivo de este artículo es presentar la identidad eclesial del sacramento del orden desde la doctrina de San Juan de Ávila. Las consecuencias de esta reflexión sobre la identidad eclesial del sacerdocio nos llevará a comprender la profundidad de la doctrina avilista y saber enriquecer la actual reflexión teológica.

Accordingly to St. John from Avila, soul's salvation is the main God's purpose and it is linked to the reform of Church, Priests and Bishops. Church and Priests Consecration Sacrament act salvation simultaneously, and they are not the consequence of the other, as both are Christ. The main purpose of this paper is to show the Church identity of Priests consecration sacrament, considering St. John from Avila thought. This reflection will serve us to understand the deepness of his taught and to enrich the current Theology debate.

1. LA IGLESIA: «COMPAÑÍA QUE RECIBE GRACIA POR JESUCRISTO»¹

El dinamismo salvador de Dios se realiza en la Iglesia. San Juan de Ávila, en su doctrina, pone de manifiesto la importancia de la experiencia vital que es la Iglesia, convocada por Dios, «esta compañía es Iglesia, que quiere decir congregación, porque esta congregación recibe gracia por Jesucristo»². Su época histórica está llena de contrastes en lo que a la Iglesia se refiere, era el momento de las reformas, en lo doctrinal y en lo pastoral, en la esencia y en la existencia de la Iglesia. Es el momento del renacimiento de la vida religiosa, plasmado en el despertar de las antiguas órdenes religiosas y en la fundación de otras en relación con las nuevas necesidades. La renovación eclesial desarrolló nuevas experiencias espiritualidades que generalmente suponían la búsqueda de una experiencia personal de seguimiento a Cristo desde la radicalidad de la Sagrada Escritura.

Así, la doctrina avilista presenta a la Iglesia, en este estado de renovación, desde dos aspectos importantes: la acción de Dios y la respuesta del hombre. La Iglesia, es el lugar de los que han sido convocados por Dios y de los que han acogido la conversión interior hacia la santidad y la Gloria. «Tal gente ha habido en la Iglesia que ha derramado su sangre por Cristo»³. Hoy, desde la reflexión eclesiológica del Concilio Vaticano II, destacamos estos dos elementos en las dimensiones divina y humana del misterio de la Iglesia. Es el carácter teándrico que da identidad y naturaleza a la Iglesia.

San Juan de Ávila se siente reformador de la Iglesia para dar a ésta el sentido profundo que la define en su relación con Dios y tratando de no vincularla exclusivamente en su vertiente social y humana. Pues es consciente que «la eclesiología medieval y la resultante de la escolástica consideraban la Iglesia como la forma en que la sociedad encontraba su propia legitimación,

¹ Av. *Lecciones sobre I de San Juan (II)*, 2, II, 351.

² Av. *Lecciones sobre I de San Juan (II)*, 2, II, 351.

³ Av. *Audi, filia II (33)*, I, 610.

olvidándose la acción de la Gracia que actúa por medio del Misterio». Por esto, la Iglesia debe ser, según San Juan de Ávila, reformada y renovada en la llamada a ser instrumento de la salvación en Cristo.

La Iglesia es misterio de salvación pues en ella se encuentra el único Mediador y Salvador, Cristo. San Juan de Ávila expresa esta idea, «no hay fuera de la santa Iglesia romana salud», a través del axioma de la patrística: «*Extra Ecclesiam nulla salus*»⁴, del cual, salvando las diferencias en lo que se refiere a la concepción actual del mundo, manifiesta el fin de la Iglesia en el plan de Dios, que se expresa en la centralidad de la salvación en Cristo. La Iglesia es prolongación del Misterio en Cristo.

De la doctrina avilista podemos entresacar una descripción de la Iglesia de singular belleza y profundidad teológica que aclara y precisa la citada analogía. Ésta es:

Éste es el misterio, que celebramos, de nuestra salvación y remedio: que no sólo somos hechos salvos por Cristo, más en el mismo Cristo; uniéndonos consigo con unión tan íntima, dulcísima y alta, que pone en admiración a los ángeles, pues llega a tanto que los hombres sean hechos con Cristo, un hombre, una persona, como San Agustín y San Gregorio lo dicen y en un Esposo y una esposa y un cuerpo y una Cabeza y para que digamos, en una palabra, la grandeza de la bondad divina que con los suyos usa, súbelos a tanta honra, que no solamente se llaman cristianos, mas se llaman Cristo⁵.

Valiéndonos de esta definición eclesiológica, analizamos, en San Juan de Ávila, la relación entre el misterio de Dios y la Iglesia. Decimos que la Iglesia es expresión del misterio en Cristo.

⁴ El inicio de este axioma es probable que se encuentre en Orígenes: «*Extra hanc domum, id est extra Ecclesiam, nemo salvatur*» ORÍGENES, *In Jesu Nave* III, 5 (GCS, *Origenes* VII, 306s) y está tomado de SAN CIPRIANO, *De unitate Ecclesiae* 14, PL 4,526-52.

⁵ Av. *Sermón* 53, III, 691-692.

2. LA IGLESIA ES EXPERIENCIA DEL MISTERIO DE DIOS

«Éste es el misterio, que celebramos, de nuestra salvación y remedio: que no sólo somos hechos salvos por Cristo, más en el mismo Cristo; uniéndonos consigo con unión tan íntima, dulcísima y alta, que pone en admiración a los ángeles, pues llega a tanto que los hombres sean hechos con Cristo, en un Esposo y una esposa y un cuerpo y una Cabeza y en un pueblo que no solamente se llaman cristianos, más se llaman Cristo»⁶.

San Juan de Ávila pone el centro de este encuentro entre el hombre y Dios en la Iglesia. Por la acción de Cristo, todos los miembros de la Iglesia reciben la fuerza del Espíritu que les lleva a permanecer unidos a Dios. «Porque así como en un cuerpo no hay más de un espíritu que se derrama por todos los miembros... así todos los que están en Cristo por gracia viven del espíritu de Cristo como el sarmiento de la vid y los miembros del cuerpo»⁷.

La Iglesia es comunicación del misterio de Dios y así ella ha sido convocada desde el Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. Sin menoscabar el elemento humano propio naturalmente de su identidad, la Iglesia procede Dios y ha sido puesta en la historia por iniciativa de Dios.

Esta relación entre el misterio de Dios y la Iglesia, que da sentido e identidad a ésta, ya se encontraba presente en los Santos Padres. Así, baste citar a Orígenes que define a la Iglesia *sanctissima Trinitatis plena est*⁸.

También, en la Sagrada Escritura, la Iglesia es convocación divina: «*La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros*» (2 Cor 13,13).

San Juan de Ávila siguiendo el modelo de la Sagrada Escritura y de la patrística, recurre a algunas imágenes para expresar la relación del misterio trinitario con la Iglesia. «Esta compañía en

⁶ Av. *Sermón 53*, III, 691-692.

⁷ Av. *Carta 12*, IV, 95.

⁸ ORÍGENES, *Sermo in Psalmo 23*, 1. PG 12, 1266.

la Escritura tiene diversos nombres para denotar su grande excelencia, como a Dios nombramos por diversos nombres, para denotar su gran bondad y perfección»⁹.

Es importante, tomar en consideración el sentido de la imagen, para entender porque San Juan de Ávila utiliza este recurso en lugar de establecer una definición formal y simétrica de la Iglesia. «La imagen recoge el universo trascendente de Dios, en sí mismo inabarcable, y lo expresa en una realidad de tipo simbólico en la que podemos entrar en relación con el misterio»¹⁰.

San Juan de Ávila utiliza diferentes imágenes, «especialmente aquellas que hacen alusión o refuerzan el sentido misterioso de la Iglesia y casi deja a un lado, aquellas que subrayan la dimensión social o jurídica». Con estas imágenes quiere precisar que la Iglesia es fruto de la comunión de Dios y por su intervención está llamada a ser comunión en Dios.

Así San Juan de Ávila, manifiesta en la comunión el elemento constitutivo de la Iglesia. «¡Cuántas veces habéis rezado el Credo y llegado aquel paso: *Et sanctorum communionem*, por ventura no lo habéis entendido! ¿Qué comunión es esa? Compañía»¹¹.

Esta «*Sanctorum Communio*», para San Juan de Ávila se expresa en un doble nivel que ya señalamos: comunión de Dios y comunión en Dios. En primer lugar, entre los miembros de la «*compañía*», se realiza la comunión de Dios. «Hermanos y compañeros somos de los apóstoles y de todos los santos, cuantos han sido y fueron desde el principio del mundo»¹².

Además, en segundo lugar, esta comunión es en Dios experiencia del misterio, derivada de la comunión interpersonal del Dios uno y trino. El Hijo es mandado a nosotros por el Padre y el Espíritu nos es dado para estar en comunión con Cristo, en donde vivimos

⁹ Av. *Lecciones sobre I de San Juan (II)*, 2, II, 350.

¹⁰ L. CERFAUX, «Le immagine simboliche della Chiesa nel Nuovo Testamento», G. BARAUNA, *La Chiesa del Vaticano II*, Firenze 1965, 299-313.

¹¹ Av. *Lecciones sobre I de San Juan (II)*, 2, II, 352.

¹² Av. *Lecciones sobre I de San Juan (II)*, 2, II, 350.

en unión filial con el Padre¹³. Así, San Juan de Ávila dirá que el fin de la Iglesia, hacia el que tiende, es la comunión en Dios: «A esto vino el Hijo de Dios del cielo a trasplantar esta caridad del cielo a la tierra»¹⁴.

Esta es la experiencia de la Iglesia primitiva que recoge el libro de los Hechos. Desde el acontecimiento de Pentecostés (Hch 2, 1-4) es posible percibir el desvelamiento del misterio de Dios, que en el Espíritu Santo, mueve los corazones de los que los escuchan y así acontece que «*los que aceptaron sus palabras se bautizaron y aquel día fueron agregadas unas tres mil personas*» (Hch 2,41).

2.1. En el dinamismo de la imagen

«Para subir a las cosas altas no basta un solo escalón, ni para agotar un grande lago de agua no basta una sola vasija y cuanto una cosa es más excelente, más nombres y más inducciones ha menester para ser declarada»¹⁵.

San Juan de Ávila recoge en su doctrina este sentido de la imagen que remite a Dios y además en pluralidad de imágenes, pues no hay una sola afirmación que pueda contener la grandeza de la Iglesia.

Para subir a las cosas altas no basta un solo escalón, ni para agotar un grande lago de agua no basta una sola vasija y cuanto una cosa es más excelente, más nombres y más inducciones ha menester para ser declarada¹⁶.

De este modo, en la doctrina avilista, aparecen diferentes imágenes eclesiológicas para presentar el contenido divino y humano. La Iglesia es: *ciudad, posada, templo y casa* en la que se ha realizado la alianza de Dios con los hombres en la pascua.

¹³ El magisterio actual manifiesta: «La realidad de la Iglesia es la comunión de cristiano con el Dios Trino y por medio de ésta, la comunión de todos los cristianos entre sí en Cristo». *Christi fideles laici* 19.

¹⁴ Av. *Lecciones sobre I de San Juan (II)*, 2, II, 352.

¹⁵ Av. *Sermón* 52, III, 673.

¹⁶ Av. *Sermón* 52, III, 673.

En el sentido comunicativo de la fe, en cada imagen se desarrolla un aspecto teológico de la Iglesia. Así, en la imagen presentada de la «*casa*», la Iglesia es el lugar en el que se expresa la gracia de Dios, se acoge la Palabra de Dios y se celebran los sacramentos. Así, la Iglesia en cuanto «*casa*», no sólo tiene un componente espiritual e invisible, en cuanto que edificada por Dios sino además otro visible y humano. En este sentido, San Juan de Ávila, pone un énfasis particular en manifestar el sentido de la jerarquía, no sólo desde su aspecto sagrado, sino además en su tarea testimonial y de servicio. En alusión directa al episodio evangélico preparatorio a la cena de Pascua: «*Id a la ciudad, os saldrá al paso un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo*» (Mc 14,13). El Papa, siguiendo a Cristo, es el hombre que lleva el cántaro, que va por delante con el agua del bautismo, del perdón, para adentrarnos en el misterio eucarístico y llevarnos a la casa que es la Iglesia. «Mirad, dice que un hombre lleva el cántaro de agua, porque ha de haber un hombre que sea cabeza y guía a quien vosotros sigáis, para acertar a la Iglesia»¹⁷.

Y además, en la Iglesia por el testimonio se expresan la fe y las obras y éstas son también señales de la verdadera Iglesia. Sirviéndose de la imagen, está dando una definición de la Iglesia Católica y alejándose de la ideología protestante.

Otras imágenes hacen alusión a la relación personal con Dios, desde expresiones bíblicas como las relacionadas con el pastoreo o la agricultura. La Iglesia es el «*rebaño*» o «*el redil de Dios*» o «*la viña*».

De la diversidad de imágenes presentes en la doctrina avilista, destacamos aquellas que son más importantes. San Juan de Ávila dice que la Iglesia en el misterio es *Esposa*: «en un Esposo y una esposa», es un *Cuerpo místico*: «uniéndonos consigo con unión tan íntima, dulcísima y alta», «no solamente se llaman cristianos, más se llaman Cristo» y es comunión ministerial: siendo *congregación* y *pueblo*. Estas tres expresiones¹⁸ son las «imágenes bíblicas más importantes que aparecen en la doctrina avilista para expresar la Iglesia: cuerpo, esposa, pueblo».

¹⁷ Av. *Sermón* 33, III, 412.

¹⁸ De un modo parecido, el Concilio Vaticano II dice que «la Iglesia es Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo» AG 7, también en CEC 781-810.

2.2. «En un Esposo y una esposa»¹⁹: la Iglesia es esposa

«Este mismo Dios casado con aquella naturaleza humana, Dios y hombre verdadero, acordó de se casar otra vez y tomar una esposa, cierto bien diferente de sí en linaje y en bondad y es la Iglesia cristiana, que nos llamamos esposa suya toda la congregación de los fieles»²⁰.

Para San Juan de Ávila, la imagen de la esposa refleja la unión íntima y profunda de toda la Iglesia con Cristo y con cada hombre. Se manifiesta la experiencia vital de Dios que rescata a su pueblo y se une a Él, al modo que el esposo a la esposa. El desposorio es la mayor unión que puede existir entre un hombre y una mujer, es signo de alegría y fiesta.

San Juan de Ávila toma la idea de la mujer que aparece en la Sagrada Escritura cuya aspiración era formar una familia, si no se casaba, se sentía víctima de un destino cruel, le esperaba una vida sin futuro y sin descendencia, sin amor. El mismo Señor llamaba la atención de sus discípulos dispensándoles del ayuno pues estaban en una fiesta de nupcias y en ésta no cabe el ayuno. (Mt 9,14-15; Mc 2,19-20; Lc 5, 34-35).

La encarnación, signo nupcial, es la obra en la que se ha fraguado el proyecto de Dios, el Verbo que ha tomado nuestra condición humana. Este Verbo se une ahora a la Iglesia.

Señor, sois casado con otra mujer. Aún hay otro casamiento. Este mismo Dios casado con aquella naturaleza humana, Dios y hombre verdadero, acordó de se casar otra vez y tomar una esposa, cierto bien diferente de sí en linaje y en bondad y es la Iglesia cristiana, que nos llamamos esposa suya toda la congregación de los fieles²¹.

El primer matrimonio se realizó en el vientre de su bendita Madre, «casóse el Verbo divino de tal manera con la naturaleza humana»²². El segundo lo empezó a realizar desde que nació y lo consumó en la cruz. Ahora bien, el sentido del desposorio de Dios en la Iglesia, no

¹⁹ Av. *Sermón* 53, III, 691-692.

²⁰ Av. *Sermón* 6, III, 97.

²¹ Av. *Sermón* 6, III, 97.

²² Av. *Sermón* 6, III, 98.

es nuevo y distinto al que se ha desarrollado por medio del Misterio en Cristo, desde la encarnación a la redención. La unión conyugal con la humanidad ya se ha realizado de forma definitiva en Cristo, ahora en la Iglesia se dirige a su perfección, cuando ésta sea una en Dios, del mismo modo que Dios es uno.

La imagen de la Iglesia como esposa, haya su fundamento en la Sagrada Escritura. El Antiguo Testamento presenta la imagen de Dios que ama a su pueblo como su esposa. El Cantar de los Cantares desvela el sentido del amor de Dios y su relación esponsal con el hombre (Ct 8,6) en toda su profundidad: el amor fecundo entre el esposo y la esposa es el amor con el que Dios crea la humanidad y su pueblo, el amor fiel de Yahvé que volverá para visitar a la familia humana y el amor aun más grande que se manifestará después de la muerte.

También en los profetas se describe la relación entre Dios y el pueblo en sentido conyugal: Oseas (1-3), Dios ama su esposa adúltera, el pueblo, la castiga para moverla a conversión. Jeremías (31-32) llama desposorios a la alianza del Sinaí y adulterio a la ruptura de esta alianza. Ezequiel (16-23) amplía y desarrolla esta imagen. Isaías (54, 4-8) dibuja la imagen de la amada de la juventud que Dios vuelve a recibir con infinita misericordia. Los profetas predicán que en el tiempo de salvación venidero, Dios volverá a desposarse con la humanidad.

En el Nuevo Testamento, San Pablo anuncia en este desposorio el gran misterio que da sentido a la unión conyugal del hombre y de la mujer (Ef 5, 31-32). En la teología paulina se presenta el misterio de la Iglesia esposa ya prefigurado en la creación del hombre y la mujer (Gen 2,18-25), no entendida exclusivamente en función del matrimonio, sino en anticipo de la unión de Dios en Cristo con la Iglesia.

San Juan de Ávila, valiéndose de esta conexión paulina, afirma:

«Porque entonces le fue sacada de su costado, estando Él durmiendo el sueño de la muerte, a semejanza de Eva, sacada de Adán, que dormía (cf. Gen 2,22)»²³.

²³ Av. *Audi, filia II* (68), I, 682.

Ya San Agustín evidenciaba este paralelismo: «*Hic secundus Adam, inclinato capite, in cruce dormivit, ut inde formaretur ei conjux, quae de latere dormientis effluxit*»²⁴. En modo dogmático anuncia este paralelismo el Concilio de Vienne (1312).

De este modo, pudiera entenderse que es en este momento de la cruz en el que surge la Iglesia y se realizan las nupcias en el misterio de Cristo con la humanidad, incluso el elemento del sueño lleva a pensar en esta acción creadora, del mismo modo que Dios hizo al hombre en el sueño sacando de su costado y creando a la mujer (Gn 2,22). La imagen de la Iglesia esposa de Cristo, se va anunciando progresivamente, en el sentido de la revelación de Dios hasta llegar a su manifestación en Pentecostés.

Así, la Iglesia en su inicio, al modo paulino es «*la revelación del misterio mantenido en secreto durante siglos eternos y manifestado ahora*» (Rom 16, 25-26). Y en su desarrollo salvífico y finalidad, será la esposa que descende del cielo, que se nos describe en el Apocalipsis: «*Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén que descendía del cielo, de parte de Dios, preparada como una esposa que se ha adornado para su esposo*» (Ap 21,2).

Siguiendo este sentido, San Juan de Ávila describe la Iglesia prefigurada en el desarrollo de la revelación del Antiguo Testamento.

Éste es aquel fervor y ligereza que significó la santa Iglesia, esposa tuya en los Cantares. *Miraldo cómo viene con tanta priesa saltando los montes y traspasando los collados*²⁵.

No es extraña la prefiguración de la Iglesia en el Antiguo Testamento. Hipólito de Roma en su Comentario al Cantar, presenta a Israel cómo va inundándose de la acción de Dios, hasta llegar a la encarnación.

Ya dijimos que la encarnación es inicio de este desposorio. De tal modo que la encarnación inaugura un tiempo, que finalizará cuando el Espíritu de Cristo Resucitado haga resurgir la humanidad

²⁴ S. AGUSTÍN, *In Joannem*, t. 120, n.1. «Este segundo Adán, reclinando la cabeza, dormía en la cruz, hasta que se formase y fuera sacada de Él, en la cruz, su esposa».

²⁵ Av. *Tratado del amor de Dios* 6, I, 960.

como familia que habita en la alegría de una vida que no muere. Así dice San Juan de Ávila:

Así fue cumplido entonces, que vieron al Verbo divino vestido y ataviado con la guirnalda de su humanidad, la cual le puso su sacratísima Madre cuando de su purísima sangre le concibió y el se desposó con la Iglesia²⁶.

La Iglesia es desposada con el Señor en la cruz. Es el tálamo nupcial «y en la cruz se consumó el matrimonio; allí dijo: *Consummatum est*»²⁷.

La sublimidad de la cruz, por el amor de Dios en ella presente es tal que la Iglesia pasa de ser la mujer que era «andrajosa y llena de deudas»²⁸, a ser la esposa, pues «ese corazón de casado de Dios, no es de esta tierra»²⁹ y la convierte en la más bella: «¿Qué te parecería un día en la cruz por desposarte con la Iglesia y hacerla tan hermosa, *que no le quedase mancilla ni ruga?* (Ef 5,27)»³⁰.

Así la cruz es el nuevo árbol de la vida, el lugar de la nueva creación: «Éste es el *árbol de la vida*, puesto en medio de la Iglesia para que quien comiere de él viva para siempre»³¹.

Es tal la relación que se da entre Cristo y la Iglesia que San Juan de Ávila personifica en la cruz a la Iglesia. Cristo está clavado y permanece abrazado a su esposa:

Él y ella casados son y por esto está fijado con clavos, porque todos que quien a ella tiene, tiene a Él y quien a Él quiere llevar, ha también de llevar a ella; porque *a los que Dios juntó, el hombre nos los aparte* (cf Mt 19,6)³²

Desde la cruz a Pentecostés, donde la Iglesia se presenta ya congregada bajo la acción del Espíritu Santo. «La razón, porque

²⁶ Av. *Sermón* 36, III, 485.

²⁷ Av. *Sermón* 6, III, 97.

²⁸ Av. *Sermón* 6, III, 99.

²⁹ Av. *Sermón* 6, III, 99.

³⁰ Av. *Tratado del amor de Dios* 8, I, 966.

³¹ Av. *Sermón* 45, III, 597.

³² Av. *Carta* 102, IV, 413.

ansí como esta compañía es un cuerpo, ansí tiene un espíritu y una vida y ansí han de tener un ánima que les de vida»³³.

2.3. «En un Cuerpo y una Cabeza»³⁴: La Iglesia es Cuerpo Místico

«Vestirnos de Cristo es encorporarnos a Él y ser miembro de su Cuerpo Místico; recibir su Espíritu, conversar con Él invisiblemente y hacer lo que dice San Pablo: *Qui adhaeret Deo, unus spiritus est cum eo* (1 Cor 6,17)»³⁵.

Cristo es Cabeza de la Iglesia y «nosotros formamos su cuerpo»³⁶. En las cartas paulinas aparece con frecuencia esta idea: «*vosotros sois el cuerpo de Cristo y cada uno es un miembro*» (1 Cor 12, 27). Con ella se hace presente al Cristo glorioso y dador del Espíritu que tiene una posición nuclear en la edificación de la Iglesia, de la comunidad que cree en Él.

Esta imagen, Cabeza, en una primera consideración, hace referencia a la función hegemónica de mandato o dominio, tal y como se recoge en la idea semítica de ser cabeza. Así en Ex 6, 14: «*Estos son los cabezas de familia*», aparece la autoridad del jefe de familia o tribu. San Juan de Ávila dice que «*Él es cabeza del cuerpo de la Iglesia* (Col 1,18) y que Dios Padre dio a *Jesucristo nuestro Señor por cabeza de toda la Iglesia* (Ef 1,22)»³⁷.

De este modo, Cristo es la antítesis de Adán, ambos son cabeza, pero hay una radical oposición entre la obra realizada por Adán y la de Cristo. «Había Dios dado a Adán, hombre primero, que fuese cabeza de todos los hombres, principio de todos ellos... dionos por remedio a Jesucristo, su Hijo bendito»³⁸. El primer Adán es sólo hombre; mientras el segundo determina el Padre que sea el mismo Hijo suyo. Aquél es cabeza de deshonra y Éste nos es dado como

³³ Av. *Lecciones sobre I de San Juan (II)*, 2, II, 355.

³⁴ Av. *Sermón* 53, III, 691-692.

³⁵ Av. *Dialogus inter confesarium et paenitentem*, II, 785.

³⁶ Av. *Sermón* 52, III, 674.

³⁷ Av. *Sermón* 52, III, 673.

³⁸ Av. *Sermón* 52, III, 674.

cabeza gloriosa. Adán es cabeza del hombre perdido y Cristo es cabeza del hombre redimido.

Por esto, que Cristo sea Cabeza, implica que posee la autoridad sobre la Iglesia. La Iglesia recibe su unidad en Cristo. Es el sentido paulino de la recapitulación³⁹ en Cristo: «*recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra*» (Ef 1,10).

De este modo, se desprende una segunda consideración, para San Juan de Ávila, la cabeza es además el principio animador del cuerpo.

La cabeza es más alta que todo el cuerpo y Cristo más alto que todos los hombres y que todos los ángeles. En la cabeza están los cinco sentidos y el regimiento y gobernación de todo el cuerpo y en Cristo toda la sabiduría, todas las gracias, el poderío y la gobernación de cielo y tierra⁴⁰.

Así lo expresan también las cartas paulinas, «*a la cabeza de la cual todo el cuerpo, a través de las junturas y tendones, recibe alimento y cohesión*» (Col 2, 19). Cristo no sólo desempeña una acción hegemónica sino que además es armonizador de toda la Iglesia.

Por medio de todas las gracias derramadas en Cristo, el hombre puede llegar a la semejanza en Dios, a la santidad. «Él es cabeza que influye en ellos, como en miembros vivos, el influjo de su espíritu y gracia»⁴¹.

En razón de esto, manifiesta San Pablo que en la exaltación gloriosa de Cristo, la Iglesia «*es su cuerpo, plenitud del que llena todo en todos*» (Ef 1, 23). «La Iglesia es la plenitud de Cristo en el sentido que Él la llena con su vida y sus dones. La plenitud de Cristo se difunde en la Iglesia para que asuma su propia forma».

³⁹ Recapitulación viene entendido en el lenguaje teológico en referencia a que todo es conducido a Cristo, «*anakephalaiosis*» en su transcripción del griego.

⁴⁰ Av. *Sermón* 52, III, 675.

⁴¹ Av. *Audi, filia (II)* 89, I, 731.

Así, en Cristo Cabeza se alcanza la unidad y perfección de todo el cuerpo, de la Iglesia. San Agustín desarrolla el sentido de esta unidad, desde lo que llama el Cristo total, «Christus totus».

Para San Agustín, según el desarrollo progresivo de la revelación en las Escrituras, Cristo es presentado en cuanto Verbo, considerado antes de su encarnación. En segundo lugar, en su existencia terrena como Dios y hombre y en tercer lugar es el Cristo total en la plenitud de la Iglesia, donde toda la humanidad está llamada a ser constituida en el Cuerpo de Cristo:

Y así, para San Agustín la Iglesia es llamada a participar en la unidad del Padre. En Cristo hemos recibido la gracia de ser uno en Dios.

De este modo, San Juan de Ávila, siguiendo a San Agustín manifiesta este desarrollo divino en conformación con Cristo hasta ser uno en Él, esta realidad inicia su realización en la Encarnación y no se completa hasta que Cristo y los cristianos lleguen a formar un Cristo.

Este es el sentido en el que se apoya San Juan de Ávila para decir que los creyentes en la Iglesia en unión a Cristo «no solamente se llaman cristianos, más se llaman Cristo»⁴². La unión con Cristo de todos los cristianos, como cuerpo eclesial tiene su fundamento en la relación con Él. Esta unión se entiende progresivamente al modo agustiniano, desde la encarnación a la relación de ser Cristo Cabeza, dador de toda gracia, hasta llegar a una identificación tal con Cristo, que sea un Cristo.

Para San Juan de Ávila, es la unión más perfecta, no hay otro tipo de unión semejante. Desde la relación profunda con el misterio trinitario podemos afirmar que «la Iglesia es el Cristo total animado por la Trinidad y más todavía, la Iglesia es la Trinidad animando al Cristo total»⁴³.

⁴² Av. *Sermón* 53, III, 691-692.

⁴³ M. M. PHILIPON, «Trinidad y Pueblo de Dios», *La Santísima Trinidad, fuente de salvación en la constitución sobre la Iglesia*, Salamanca 1968, 19.

Así, como venimos desarrollando, el modo para expresar esta unión es desde y en relación a la unión que se da entre la humanidad y la divinidad en Cristo. Es la analogía de la Iglesia con el Verbo encarnado. Si bien podemos afirmar que «la Iglesia es una irradiación de la encarnación del Verbo»⁴⁴.

Esta analogía es abundante en la patrística. San León Magno, considera que la «*generatio Christi origo est populi christiani et natalis capitis natalis est corporis*»⁴⁵.

Así San Juan de Ávila, afirma que siendo los creyentes constituidos en un cuerpo con Cristo, en Éste se presentan dos modalidades de corporalidad: «Tiene Cristo dos cuerpos: uno que recibió de la Virgen y otro que somos nosotros»⁴⁶.

Esta unidad de la Iglesia no procede sino de la acción de Cristo que se realiza por medio del Espíritu Santo, en un cuerpo místico. Ya en el capítulo anterior, precisamos el sentido de la unión por el Espíritu llamada mística, que acontece entre cada hombre y Cristo. Pues bien, esta unión mística de cada uno está llamada a realizarse plenamente en la Iglesia.

La humanidad sagrada de Cristo está unida con el Verbo y este Verbo humanado se abaja a que le recibamos, para que por este recibimiento seamos levantados a ser una persona y un Cristo místico con Él de manera que Él tome nuestra naturaleza y nosotros tomemos la suya... seamos convertidos espiritualmente en la persona de Él y gocemos de sus dones y seamos llamados Cristo, no lo pudo hacer otro que Dios, ni lo sabrá sino quien creyere a la Iglesia⁴⁷.

Para San Juan de Ávila, la imagen del cuerpo místico «expresa mejor que ninguna la íntima unión de Cristo con su Iglesia y

⁴⁴ J. A. MÖHLER, *Simbolica*, Milano 1984, 280. También de modo más explícito en el mismo lugar: «Cristo se prolonga en su indivisa totalidad en la Iglesia. La Iglesia, su figura permanente, es al mismo tiempo divina y humana y unidad de ambos elementos».

⁴⁵ SAN LEÓN MAGNO, *Sermo* 26,2; PL 54,231. «La generación de Cristo es origen del pueblo cristiano en Él nacen la cabeza y el cuerpo».

⁴⁶ Av. *Sermón* 40, III, 535.

⁴⁷ Av. *Sermón* 53, III, 694-695.

sirve para describir el misterio de la Iglesia»⁴⁸. Los creyentes están unidos a Cristo, pues Él «hace también ofreciendo y santificando a los miembros que son su místico ámparo»⁴⁹.

Encontramos referencias de este planteamiento en Santo Tomás de Aquino, que manifiesta «*perfecitur corpus Christi mysticum spirituali perfectione ad similitudinem corporis Christi veri*»⁵⁰. En este sentido, San Juan de Ávila, se refiere a la Iglesia, cuerpo de Cristo y «seamos una persona mística con Él»⁵¹.

En el magisterio la primera definición de la Iglesia, cuerpo místico, es en la bula *Unam Sanctam* de Bonifacio VIII (1302)⁵².

Para San Juan de Ávila, en la experiencia de unión a Cristo y en su humanidad, se nos da el Espíritu Santo. «Así el camino usado de comunicar Dios su divinidad con las ánimas es por medio de su sacra humanidad. Ésta es la *puerta, por donde el que entrare será salvo y la escalera por donde suben al cielo* (Jn 10, 9 y Gn 28,12)»⁵³.

San Juan de Ávila manifiesta que la Iglesia es cuerpo místico de Cristo desde dos sentidos que actúan complementariamente. Primeramente, ya hemos dicho que la unión es en Cristo por el Espíritu.

Vestirnos de Cristo es encorporarnos a Él y ser miembro de su Cuerpo Místico; recibir su Espíritu, conversar con Él invisiblemente y hacer lo que dice San Pablo: *Qui adhaeret Deo, unus spiritus est cum eo* (1 Cor 6,17)⁵⁴.

⁴⁸ M. MARTÍN DE NICOLÁS, «Imágenes sobre la Iglesia en San Juan de Ávila», *Miscelanea Comillas* 45(1987), 54.

⁴⁹ Av. *Sermón* 40, III, 541.

⁵⁰ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In epist. ad Eph.* 13,4. «la perfección del Cuerpo de Cristo místico y espiritual es perfecto en similitud al Cuerpo de Cristo verdadero».

⁵¹ Av. *Sermón* 52, III, 674.

⁵² «Por mandato de la fe, estamos obligados a creer y aceptar que una sola es la Santa Iglesia Católica y Apostólica... Ella representa el único cuerpo místico y la cabeza de su cuerpo es Cristo».

⁵³ Av. *Audi, filia* (III) 78, I, 681.

⁵⁴ Av. *Dialogus inter confesarium et paenitentem*, II, 785.

En un segundo sentido, en el desarrollo del término místico, aplicado originariamente a la Eucaristía, es posible manifestar que la Iglesia es el cuerpo de Cristo en relación a la unidad que el sacramento realiza.

Este sentido eucarístico del cuerpo de Cristo está presente en la doctrina de San Juan de Ávila. De tal modo, que en la Eucaristía somos incorporados a Cristo. «Aquí en el altar se representa visiblemente; porque comiendo de Cristo, somos comidos de Él, unidos con Él como miembros con la Cabeza»⁵⁵. «La Eucaristía, en la doctrina avilista, es sacramento de incorporación a Cristo. La obra que se comenzó en el Bautismo invisiblemente se realiza ahora de modo visible»⁵⁶.

Comemos al Señor y cómenos Él a nosotros. como lo fuerte a lo flaco e incorpóranos en sí, haciéndonos miembros suyos ; o si ya lo estamos hechos, júntanos más consigo, haciéndonos más perfectamente partes de su sagrado Cuerpo místico⁵⁷.

De modo bastante similar Santo Tomás indica que la Eucaristía es el sacramento de la comunión eclesial, «*sacramentum ecclesiasticae unitatis*»⁵⁸.

Aparece, de este modo la dimensión sacramental que es esencial para realizar la unidad en el cuerpo místico. Ser «una misma persona mística con Cristo»⁵⁹ está en profunda relación con la comunión eucarística.

En definitiva, «en la Eucaristía se realiza la llamada de todos los hijos dispersos de Dios hacia los brazos tendidos y el corazón de Cristo crucificado, para recibir el amor del Padre y la efusión perenne del Espíritu»⁶⁰ y constituir el cuerpo místico que es la Iglesia.

⁵⁵ Av. *Sermón 34*, III, 427.

⁵⁶ L. MARCOS, «Doctrina del Cuerpo Místico en el Beato Juan de Ávila», *Revista española de teología* 3 (1943) 336.

⁵⁷ Av. *Sermón 40*, III, 537.

⁵⁸ S. Th. III 73,2. «sacramento de la unidad eclesial».

⁵⁹ Av. *Sermón 53*, III, 690.

⁶⁰ M. SEMERARO, *Misterio, Comunión y Misión. Manual de ecclesiólogía*. Salamanca 2004, 95.

2.4. La Iglesia es pueblo ministerial

«Nuestro Redentor crió ministros en su Iglesia militante, que son los cristianos, para que los rijan. Puso tanta diversidad de ellos: sacerdotes, diáconos y subdiáconos, doctores, obispos»⁶¹.

San Juan de Ávila destaca que la Iglesia es diversidad de creyentes ordenados en un solo cuerpo, por medio de ministros que orientan a la perfección en Cristo.

Así como, si el rey tuviese un ejército muy desordenado, criaría capitanes y sargentos que le pusiesen en orden, haría un capitán general a quienes todos estuviesen sujetos, así nuestro Redentor crió ministros en su Iglesia militante, que son los cristianos, para que los rijan. Puso tanta diversidad de ellos: sacerdotes, diáconos y subdiáconos, doctores, obispos y el vicario general, que es el Papa: los cuales todos se ordenan para concertar a gente tan desbaratada. *Ipse enim dedit quosdam apostolos, alios vero evangelistas* (Ef 4,11). Dio Nuestro Señor estos ministerios para que los cristianos salgan, con su ayuda, perfectos y consumados⁶².

Unidad y diversidad eclesiológica en relación al misterio mismo de Dios. El Padre ha llamado a todos los hombres a participar de su iniciativa de salvación en el Verbo encarnado y les ha congregado en el Espíritu. Ahora bien, esta iniciativa no tiene como resultado la dispersión, ni la uniformidad, sino la comunión entre los diferentes miembros que han acogido en libertad la llamada divina.

Para San Juan de Ávila la llamada particular de Dios a cada hombre y la edificación común constituyen la «congregación o compañía»⁶³, que es el Cuerpo de Cristo. Es el modo de la teología paulina: «*así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada uno existe en relación con los otros miembros*» (Rom 12,5).

En este sentido, San Juan de Ávila manifiesta la interpelación que debe darse a cada creyente para que desde la llamada de Dios, siendo diferente, no busque el propio interés sino la edificación de la Iglesia:

⁶¹ Av. *Pláticas espirituales* 6, I, 851.

⁶² Av. *Pláticas espirituales* 6, I, 851.

⁶³ Av. *Lecciones sobre I de San Juan (II)*, 2, II, 351.

El oficio del cristiano es no sola su utilidad, no sólo su provecho, no solos sus intereses, sino los intereses y la utilidad y el provecho de los otros... De esto sirve comparar los fieles a cuerpo y miembros, en los cuales vemos que hay este concierto: que unos sirven a otros, unos aprovechan a otros; que los ojos no ven solamente para sí, sino para los pies y para todo el cuerpo; ni los pies andan solamente para sí, sino para los pies y para todo el cuerpo; la boca no come solamente para sí, sino para todo el cuerpo; ni las manos trabajan solamente para sí, sino que todos aquellos trabajos los ordenan para el bien de los otros miembros⁶⁴.

Esta congregación, comunión con todos y cada uno de los creyentes, se establece con Dios en Cristo por una comunicación de propiedades en analogía con la «*communicatio idiomatum*» del Verbo encarnado. De tal modo que los dones y gracias de Dios que se hacen presentes en Cristo, se transmiten por el Espíritu Santo a cada cristiano. «Cristo habla en nosotros, el Espíritu Santo pide por nosotros y habla en nosotros»⁶⁵.

Por esta unción, la Iglesia es un pueblo ministerial, los que han sido incorporados a Cristo por el bautismo, son llamados miembros vivos y testigos. El ministerio no es una realidad anexa a la Iglesia, sino que la constituye ontológicamente. Si la Iglesia es la expresión del misterio salvador de Dios, en Cristo, los cristianos están unidos a Cristo en la forma de ser testigos suyos en la Iglesia. En el lenguaje de San Juan de Ávila, el cristiano está llamado al testimonio que edifica la Iglesia.

Y entonces se cumpliría que éramos carta de Jesucristo, en la cual todos leían sus lecciones y que ataviábamos la doctrina y que éramos buen olor suyo, pues por nuestra vida decían bien de Él (2 Cor 2,14-15)⁶⁶.

Así, desde la comunicación de bienes que recibimos de Cristo, San Juan de Ávila, desarrolla el sentido sacerdotal de la Iglesia, el cual está a la base de la consideración de la Iglesia en el sacerdocio espiritual y ministerial.

⁶⁴ Av. *Lecciones sobre la Epístola a los Gálatas* 5,13, 55, II, 101.

⁶⁵ Av. *Sermón* 40, III, 540.

⁶⁶ Av. *Audi, filia* II (34), I, 612.

Una manera hay de sacerdocio espiritual y éste conviene a chicos y grandes, casados, hombres y mujeres. Dándosele gracias al Cordero, le dicen: *Fecisti nos Deo regnum et sacerdotes* (Ap 5,10)⁶⁷.

Es el sacerdocio común, relativo a todos los bautizados. San Juan de Ávila manifiesta en su doctrina lo que diría el Catecismo tridentino (1566), diferenciando un sacerdocio ministerial, exterior, de otro interior y común a todos los fieles.

Existe un sacerdocio que compete a todos los fieles por razón del bautismo, por el cual son justos que poseen el Espíritu de Dios y llegan a ser en virtud de la gracia divina, miembros vivos de Jesucristo, Sumo Sacerdote⁶⁸.

El sentido espiritual que manifiesta San Juan de Ávila en relación al sacerdocio de todos los bautizados subraya, por un lado, la centralidad del acontecimiento salvador en Cristo para cada creyente haciéndolo hijo y sacerdote y además el crecimiento en el proyecto de perfección, santidad, al que es llamado el que ha sido por el bautismo incorporado a Cristo. «Y porque de Él y de sus bienes hay comunicación con nosotros, así como nos hizo hijos siendo Él Hijo y sacerdotes siendo Él Sacerdote»⁶⁹.

Este es el plan de Dios, «*has hecho de ellos para nuestro Dios un reino de sacerdotes*» (Ap 5,10). Ya el Antiguo Testamento hablaba de un pueblo santo, «*tú eres un pueblo santo para el Señor, tu Dios*» (Dt 7,6). En el Nuevo Testamento, se habla de forma colectiva del sacerdocio a propósito de los cristianos, un «*reino de sacerdotes*» (Ap 1,5; 5,9); un «*sacerdocio santo*» (1 Pe 2,5) que es «*edificio espiritual*» en construcción; un «*sacerdocio real*» identificado con una «*estirpe elegida*», «*nación santa*», «*pueblo que Dios ha elegido*».

En Cristo, desde su encarnación a la redención se ha obrado la mediación salvadora que ha llevado a una nueva existencia sacerdotal. La salvación de Dios tiene un sentido sacerdotal para todo el pueblo de Dios. Así lo expresa San Juan de Ávila:

⁶⁷ Av. *Sermón* 73, III, 993.

⁶⁸ T. S. CENTI, *Catechismo Tridentino* 284, Siena 1981, 352.

⁶⁹ Av. *Carta* 1, IV, 5.

Que, así como Abel ofreció a Dios corderos de su manada y pareció bien a Dios ese sacrificio (cf. Gen 4,4), así Cristo se ofreció a sí, Cordero sin mancha y agradó a su Padre aquel sacrificio; también nos ofrece a nosotros, que somos corderos de su manada y agrada a su Padre⁷⁰.

Por esto, el origen del Pueblo de Dios, está en la redención de Cristo, en su ofrenda sacerdotal por la que hemos sido hechos hijos y sacerdotes. San Juan de Ávila, señala que esta existencia sacerdotal brota del bautismo, en éste hemos sido signados con la misma señal de la cruz. «Cuando te señalaron con la señal exterior de cristiano y cuando te dieron el Espíritu Santo, te hicieron oveja de Cristo y te señalaron por oveja suya y de su rebaño»⁷¹. Y así, se nos dio la vida de la gracia, «considerad, pues, que, cuando recibisteis el santo bautismo, fuistes hecha templo de Dios y consagrada vuestra ánima a Él por su gracia»⁷². Lo que Cristo recibe en cuanto Hijo, lo transmite en gracia a los hombres. «Hízonos Cristo esta merced, que pudiésemos ser arca divina por la unión de su gracia, como lo es Él por unión personal»⁷³.

Cristo ha sido ungido desde su unión a la naturaleza humana por medio de la unión hipostática, nosotros a través de la vida de la gracia que en el Espíritu hemos recibido. De este modo, para San Juan de Ávila, esta unión en gracia es de mayor importancia que cualquier otra, pues es el fin de nuestra existencia. Ya dijimos en capítulos anteriores que la gracia irá obrando en la naturaleza humana la perfección.

Por esta actuación de la gracia, que el Espíritu ha impreso, el sacerdocio es de carácter espiritual. «La gracia no viene a nosotros de una manera velada y por simple yuxtaposición interior, es todo nuestro ser y nuestras facultades, todas las que son divinizados, sublimados al mismo nivel de la Trinidad»⁷⁴. Los cristianos estamos unidos por el Espíritu, en Cristo al designio del Padre. Para San Juan de Ávila, el sacerdocio es un modo nuevo de relacionarse con Dios, a imagen del modo en que el Hijo se relaciona con el Padre.

⁷⁰ Av. *Lecciones sobre I de San Juan (I)*, 16, II, 249.

⁷¹ Av. *Sermón 30*, III, 374.

⁷² Av. *Audi, filia II (12)*, I, 562.

⁷³ Av. *Sermón 35*, III, 447.

⁷⁴ M. M. PHILIPON, «Trinidad y Pueblo de Dios», *La Santísima Trinidad, fuente de salvación en la constitución sobre la Iglesia*, Salamanca 1968, 24.

«Hízonos Dios agradables en su Hijo muy amado. El Hijo agrada al Padre en sí y nosotros agradamos al Padre en Jesucristo»⁷⁵. Desde este carácter espiritual del sacerdocio común comprendemos su sentido trinitario. «La fe en Cristo justifica y es a la vez encuentro con el Espíritu, en cuanto que conduce pneumáticamente al encuentro con Cristo y con su Padre»⁷⁶.

Y además es un sacerdocio inserto en la Iglesia, no podría realizarse de otro modo. Por esta condición sacerdotal, los creyentes se unen formando el Cuerpo Místico y siendo la esposa que queda unida al Esposo.

Por esto, desde este sacerdocio espiritual se entiende la llamada a la perfección, a la identificación plena con Cristo, a la santidad. Aquí se alcanza la plenitud de este sacerdocio común a todos los bautizados, no está llamado a establecer una mediación ritual o de otro tipo, sino que está dirigido a llevar a plenitud la filiación llegando a la semejanza, ésta es su acción sacerdotal. Se trata de un pueblo sacerdotal llamado a ser santo, por la filiación en Dios; su vocación es ser perfecto como el Padre y adoptar el estilo de vida de la Trinidad, pues así lo ha manifestado el mismo Cristo: «Padre, Tú en Mí y Yo en Ti, Yo en ellos y ellos en Nosotros, consumados en la unidad como Nosotros» (Jn 17,22).

En este itinerario a la santidad, San Juan de Ávila invita a los cristianos a «ofrecer a Cristo la vida de buena gana»⁷⁷.

En vuestro corazón ofrecéis a Dios una oración, una limosna y otra buena obra y parécele a Dios bien. ¿Paréceos que es poquito bien éste que Cristo nuestro Redemptor os hizo, que tengáis derecho para ofrecer a Dios en vuestro corazón y que le parezca a Dios bien? Ese poder os dio, para que así como los sacerdotes en la vieja ley ofrecían a Dios animales, vos, en vuestro corazón, le ofrezcáis y matéis también animales. Mata aquel animal que es la soberbia, mata la carnalidad y todos los demás vicios y tened por cierto que en ello agradáis a Dios⁷⁸.

⁷⁵ Av. *Lecciones sobre I de San Juan (I)*, 16, II, 249.

⁷⁶ R. GARCIA MATEO, *El misterio trinitario en San Juan de Ávila*, Salamanca 2011, 209.

⁷⁷ Av. *Sermón 43*, III, 570.

⁷⁸ Av. *Lecciones sobre I de San Juan (II)*, 16, II, 409.

El sacerdocio espiritual es la respuesta que cada bautizado debe dar a Dios, por la redención de Cristo. «Y pues no es mayor el siervo que el Señor y es grande gloria seguirle (Jn 13,16; cf. Eclo 23,38) y parecer a Él»⁷⁹. Evidentemente no es el pago a lo recibido, sino el camino para conformar la propia vida con Cristo en la generosidad y el amor del que lo ha dado todo. En este sentido, San Juan de Ávila comenta que los santos estaban deseosos de dar la vida, consumir su sacerdocio en Cristo. «Mira el deseo que tuvo aquel bendito padre Santo Domingo, que así deseaba el martirio...»⁸⁰. Este deseo de entregar la propia vida, no es fruto de un deseo o voluntad particular, está ordenado a la edificación de la comunidad eclesial, pues ella misma está llamada ser instrumento y manifestación más perfecta de Dios.

Por este sacerdocio espiritual los hombres son incorporados al misterio trinitario, llevados por el Hijo conformados a Él, en la fuerza del Espíritu, para estar en el Padre.

Además, San Juan de Ávila, subraya en la Iglesia la presencia del sacerdocio ministerial. «sacerdotes, diáconos y subdiáconos, doctores, obispos y el vicario general, que es el Papa... Dio Nuestro Señor estos ministros para que los cristianos salgan con su ayuda, perfectos y consumados»⁸¹.

Es el sentido paulino del ministerio que la doctrina avilista desarrollará, el ministerio sacerdotal es en Cristo, «*ofrenda*» para que los hombres lleguen a Dios.

Ser ministro de Cristo Jesús para con los gentiles, ejerciendo el oficio sagrado del Evangelio de Dios, para que la ofrenda de los gentiles, consagrada por el Espíritu Santo, sea agradable (Rom 15,16).

No se trata de un sacerdocio ajeno al bautismal o común, sino que se encuentra en relación y al servicio de éste en el único sacerdocio de Cristo. Es más, por el sacerdocio ministerial el espiritual encontrará la perfección, si bien es un sacramento

⁷⁹ Av. *Sermón 43*, III, 570.

⁸⁰ Av. *Tratado del amor de Dios* 8, I, 964.

⁸¹ Av. *Pláticas espirituales* 6, I, 851.

distinto. De este modo, actualmente se expresa el Catecismo de la Iglesia Católica, siguiendo al Concilio Vaticano II:

De tal modo que el sacerdocio ministerial su especificidad en estar al servicio, realizar sacramentalmente la mediación de Cristo para todo el pueblo de Dios. Su misión es «encaminar las ánimas para el cielo»⁸². Si bien, su consagración procede del sacramento del orden, no directamente del bautismo. Su centro está en el misterio salvador y redentor de Cristo y su esencia está en la radicalidad de la configuración con Éste. Su origen es el amor de Dios que ha sido derramado a favor de los hombres por medio de Cristo Sacerdote. Su realización es en la Iglesia. El sacerdocio bautismal tiene como fin la comunión en la Iglesia con Dios por medio de la vida de la gracia. El sacerdocio ministerial está ordenado al culto en Dios, para crecimiento y perfección del pueblo que es la Iglesia.

Desde la cristología, Jesucristo es «principal sacerdote y fuente de nuestro sacerdocio»⁸³. Así, lo indicaba la teología en el modo que se expresa Santo Tomás de Aquino, diciendo que «*Christus autem est fons totius sacerdotii*»⁸⁴. Evidentemente también en el sacerdocio bautismal. Si bien en el ministerial, para San Juan de Ávila hay una esencial relación con Dios que en la persona de Cristo se establece.

¿Cuyo corazón no se regalará, como el de Simeón tratando a Cristo en sus manos, mirándolo con sus ojos y siendo traído de tan lejos mediante la lengua, ser abrazado y metido dentro de sí, en el limpio pecho?⁸⁵

Pues es la más perfecta y en sí es una relación única. No se trata de una relación «sólo en grado sino esencial»⁸⁶. «Como persona que tiene con el Señor particular amistad y particular trato»⁸⁷; «dejarse

⁸² J. DEL RÍO MARTÍN, «El ministerio sacerdotal: Signo privilegiado del amor divino», *Seminarios* 44 (1999), 431.

⁸³ Av. *Tratado sobre el sacerdocio* 10, I, 915.

⁸⁴ STH III, q 22, a 4.

⁸⁵ Av. *Pláticas espirituales* 1, I, 788-789.

⁸⁶ Hoy desde el Concilio Vaticano II, LG 10: «El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico se ordenan el uno para el otro, aunque cada cual participa de forma peculiar del único sacerdocio de Cristo. Su diferencia es esencial, no solo gradual».

⁸⁷ Av. *Tratado sobre el sacerdocio* 9, I, 914.

tratar de Él con estrecha familiaridad que nadie puede pensar»⁸⁸. Por ello, es relación de profunda intimidad, donde el corazón, lugar de la interioridad de la persona se sentirá regalado al entrar en el ser profundo del Señor, en su mismo pecho. «Y, en fin, ha de ser la representación tan verdadera, que el sacerdote se transforme en Cristo»⁸⁹.

Es el sacerdocio de la Nueva Ley, en la que se entiende el amor de Dios volcado por entero en Cristo Sacerdote. Con más perfección que el sacerdocio procedente de la naturaleza o del legal que es «figura de éste nuestro sacerdote evangélico»⁹⁰ y de la llamada a ser hijos y sacerdotes en el sacerdocio espiritual. Esta perfección es descrita por San Juan de Ávila:

Lavado e limpio, le visten una camisa hilada de los dedos de Dios, blanquísima, con que parece galano e hermoso a los ojos de Dios. Y ésta también da a los sacerdotes de la primera manera: la gracia, un pedazo de divinidad. ¿Y basta esto? No; no basta ser inocente, que es no hacer mal, *discedere a malo*; es menester la túnica de las obras de misericordia, la caridad... ¿Y basta eso? No, sino ungida con óleo⁹¹.

Es cierto, que todo cristiano es llamado a ser hijo y sacerdote, vestido de la gracia, identificarse con Él, unirse en Él, en el proyecto de Dios. Ésta es la gloria a que todo hombre es llamado. Más el sacerdocio ministerial, es unción nueva en la gracia recibida por el sacramento del orden, para ser y actuar en la persona de Cristo. «*Haced esto en mi nombre* (cf. Lc 22,19; 1 Cor 11,24)... No todos los cristianos, sino los ordenados solos»⁹².

Ésta es la peculiaridad, «hacer en nombre de», sitúa al sacerdocio ministerial en tal esencia que San Juan de Ávila, no duda en decir que el sacerdote «es arca del testamento de Dios»⁹³. «Relicarios somos de Dios, casa de Dios y a modo de decir criadores de Dios»⁹⁴.

⁸⁸ Av. *Tratado sobre el sacerdocio* 12, I, 919.

⁸⁹ Av. *Tratado sobre el sacerdocio* 26, I, 931.

⁹⁰ Av. *Sermón* 73, III, 993.

⁹¹ Av. *Sermón* 73, III, 995.

⁹² Av. *Sermón* 46, III, 611.

⁹³ Av. *Tratado sobre el sacerdocio* 13, I, 920.

⁹⁴ Av. *Pláticas espirituales* 1, I, 790.

En este sentido, la vida del sacerdote se realiza en unión a la entrega total de Cristo Sacerdote en la misión encomendada por el Padre. La unción sacerdotal es signo del amor por el que Cristo se ha unido y esposado a la humanidad. La acción del sacerdocio ministerial ha de ser la propia de Cristo, desde los desposorios de la Encarnación y Redención.

Así, San Juan de Ávila manifiesta que el sacerdote es el «que profesa ser ministro de Cristo crucificado»⁹⁵, «representa al Señor en su pasión»⁹⁶. El sacerdote es prolongación de los desposorios de Cristo y se actualiza en la clave esponsal de Cristo con la Iglesia. La Iglesia, pueblo ministerial que cuenta con dos brazos. «En la Iglesia hay dos brazos, uno seglar y otro eclesiástico, que se han de esta manera: el eclesiástico ayuda al seglar con los bienes espirituales; y el seglar al eclesiástico con los bienes temporales»⁹⁷.

Es la perspectiva eclesiológica por la que el sacerdocio ministerial actúa en nombre de la Iglesia, dinamizando y armonizando en la comunión de Dios al pueblo convocado. «Por medio del sacramento del orden, los sacerdotes son llamados a la edificación de la comunidad cristiana»⁹⁸. La realización del oficio sacerdotal en la Iglesia, para San Juan de Ávila es consecuencia de la propia esencia cristológica del sacerdote. Quiere decir que en virtud de la particular relación que se provoca a través del sacramento, el sacerdote realiza su oficio en nombre de Cristo para atraer a los hombres a Dios en la Iglesia.

Estas perspectivas: cristológica y eclesiológica, se desarrollan en la doctrina sacerdotal de San Juan de Ávila desde la fundamentación eucarística del ministerio, desarrollada por la escolástica. Esta concepción ministerial tiene su origen, en referencia directa y primera al misterio de Dios y lleva al hombre a unirse a Él. El sacerdote es «*hombre consagrado*» que lleva a los hombres a Dios, iluminándolos, purificándolos y perfeccionándolos por las acciones

⁹⁵ Av. *Memorial segundo al Concilio de Trento* 91, II, 611.

⁹⁶ Av. *Tratado sobre el sacerdocio* 26, I, 931.

⁹⁷ Av. *Siete nuevos escritos VII*, II, 1045.

⁹⁸ T. CITRINI, *Discorso sul sacramento dell'ordine*, Padova 1975, 28.

que realiza. Encontramos este sentido sacro en el desarrollo de los ministros sagrados que presenta Dionisio Areopagita en su obra *De ecclesiastica hierarchia*, en el ministerio de los que expían los pecados y se unen a Dios en perfección.

San Agustín profundiza en este sentido, relacionando el sacerdocio con el sacrificio: «*ideo sacerdos, quia sacrificium*»⁹⁹. Desarrolla esta perfección del ministerio Santo Tomás de Aquino que manifiesta la perfección del ministerio sacerdotal en la potestad de consagrar en nombre de Cristo que se le confiere. «*Utrum consecrare hoc sacramentum si proprium sacerdotis*»¹⁰⁰.

Por esto, teniendo en cuenta esta visión sagrada del sacerdote, San Juan de Ávila expresa la fundamentación del ministerio desde el sacramento de la Eucaristía.

Queriendo, pues, este benditísimo Rey *enseñar la grandeza de sus riquezas*, que son sus virtudes y gracias y los deleites que hay en Él, quiso *en el tercer año de su reinado*, que fue en el tiempo de la gracia... en el cenáculo que está sobre el monte, cenando con sus discípulos, tomó en sus sacratísimas manos pan y vino que estaba en la mesa y después de haberlo consagrado, lo dio a comer y beber a sus doce apóstoles que *había de constituir príncipes sobre toda la tierra* (Sal 44,17) y dándoles poder para hacer lo mismo que Él había hecho y también a los sacerdotes derechamente ordenados¹⁰¹.

Del mismo modo, San Juan de Ávila define el sacerdocio ministerial actuando en nombre de Cristo en el perdón de los pecados.

Allí representamos su sagrada persona y decimos las palabras en persona de Él y aquella honra que antes de encarnar daba a los ángeles, que decían en persona de Dios: *Ego Dominus* (Ex 12,2), ya se ha pasado a los sacerdotes, los cuales dicen: *Ego te absolvo; Hoc est corpus meum, in persona Christi*¹⁰²

⁹⁹ SAN AGUSTÍN, *Confesiones* X, c. 43, n 69. «puesto que hay sacrificio hay sacerdote».

¹⁰⁰ STH III, q 82, a 1. «Consagrar este sacramento es signo propio de los sacerdotes».

¹⁰¹ Av. *Sermón* 55, III, 738.

¹⁰² Av. *Pláticas espirituales* 1, I, 788.

Se recoge esta fundamentación sacerdotal en el Concilio de Trento, enunciando el principio por el cual sacerdocio, eucaristía y penitencia permanecen en relación, «*esse potestatem aliquam consecrandi et offerendi verum corpus et sanguinem Domini et peccata remittendi et retinendi*»¹⁰³. Para el Concilio de Trento era fundamental, frente a las corrientes protestantes, reformular el sentido sacramental del sacerdocio. «Para los padres conciliares de Trento el sacrificio eucarístico es el presupuesto exigitivo para el sacerdocio y por ende el sacerdocio se define desde la Eucaristía»¹⁰⁴.

Además, si en la Eucaristía esta congregada toda la Iglesia, cuerpo místico, toda acción del sacerdote es una obra que realiza en el nombre de Cristo y de toda la Iglesia, «*quod minister sacramenti agit in persona totius Ecclesiae, cuius est minister*»¹⁰⁵. San Juan de Ávila, manifiesta que «el sacerdote es la faz de la Iglesia y como en la faz resplandece la hermosura de todo el cuerpo, así la clerecía ha de ser la principal hermosura de toda la Iglesia»¹⁰⁶.

La esencia del ministerio sacerdotal está en su relación íntima con el Misterio de Dios, que se realiza a partir de la acción eucarística y el perdón de los pecados, donde Cristo hace a todos los hombres partícipes de los bienes del cielo y los conduce como Iglesia a la perfección del mismo Dios.

En cuanto a la realización del oficio sacerdotal, San Juan de Ávila afirma que por el ministerio los sacerdotes son «colaboradores de Dios» (1 Cor 3,9). «Se llaman ayudadores de Dios, como dice San Pablo (1 Cor 3,9), porque con el ejercicio de su santa palabra y administración de los santos sacramentos le ayudan a salvar las ánimas»¹⁰⁷.

¹⁰³ CONCILIO DE TRENTO, Ses 23, can I. DS 1771. «poder de consagrar y de ofrecer el cuerpo y la sangre verdadera del Señor y perdonar los pecados».

¹⁰⁴ R. ARNAU GARCÍA, *El ministerio en la Iglesia*, Valencia 1991, 22.

¹⁰⁵ STH III, q 64, a 8. «El ministro del sacramento actúa en nombre de toda la Iglesia, de la cual es ministro».

¹⁰⁶ Av. *Tratado sobre el sacerdocio* 11, I, 916.

¹⁰⁷ Av. *Tratado sobre el sacerdocio* 9, I, 914-915.

Así, oficio y ser ministerial se unen en la persona del sacerdote en su configuración a Cristo y desde Éste en la Iglesia. No es el culto ritualista y vacío, crítica de los profetas y presente en la antigua economía, sino que es el culto de la Ley Nueva de Cristo, en donde todo está dirigido a la voluntad del Padre en el Espíritu¹⁰⁸.

¹⁰⁸ «La cooperación del Espíritu Santo marca la diferencia entre los ministerios de la alianza antigua y los de la nueva. La novedad que Cristo ha conseguido es poder transformar el corazón y establecer una nueva Ley, abrogando la primacía de la ley exterior». J. L. LÓPEZ CASUSO, «Trinidad y ministerio eclesial», *La santísima Trinidad, fuente de salvación en la constitución sobre la Iglesia*, Salamanca 1968, 53.